

18 julio 1936

El día que empezó
la Guerra Civil



Pilar
Mera Costas

El 18 de julio de 1936, el Gobierno de la Segunda República se dirigió a los españoles a través de la radio para anunciar la rebelión del Ejército en Marruecos. Eran las ocho y media de la mañana. Aunque la nota intentaba transmitir calma y normalidad, la vida de todo un país se detuvo entre tiros y rumores. Después de meses conspirando, los principales mandos militares se sublevaron por toda España. Un caluroso sábado de julio se convirtió en una frenética sucesión de horas, dudas, traiciones y muerte. El golpe no triunfó, pero debilitó al Estado republicano y desencadenó la revolución que decía querer evitar. El mapa se rompió en dos. Comenzaba la Guerra Civil.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[18 de julio de 1936 - El día que empezó la Guerra Civil](#)

[Prólogo](#)

[Un sábado de julio](#)

[1](#)

[De la fiesta popular a la República atenazada](#)

[La «magnífica revolución ordenada»](#)

[Las reformas pendientes](#)

[Desórdenes públicos y refuerzos republicanos](#)

[La República atenazada](#)

[2](#)

[Sublevados](#)

[El Director](#)

[La participación civil en la conspiración](#)

[El diseño militar de la insurrección](#)

[Galicia saluda a Francia](#)

[3](#)

[La respuesta republicana](#)

[Cuentos de miedo](#)

[En defensa de la legalidad republicana](#)

[Un gobierno de concentración nacional frustrado](#)

[4](#)

[El pueblo en armas](#)

[¡Armas! ¡Armas!](#)

[Asalto al Cuartel de la Montaña](#)

[Del golpe a la guerra: El mapa después y antes de la tormenta](#)

[Epílogo](#)

[Larga noche de piedra](#)

[Sobre la autora](#)

Prólogo

Un sábado de julio

Diez de la noche. Las campanas de la iglesia de Alcobre resuenan en el silencio de los caminos donde sólo se escucha el rumor de los grillos. Menos mal que se ha levantado una brisa suave y la temperatura empieza a aflojar, porque el día ha sido abrasador. ¡Qué julio más bueno el de este verano! Pero mejor que se haya levantado un poco de aire, porque con las carreras que lleva iba a llegar sudorosa y acalorada. Tendría que haber salido antes de casa, pero se estaba tan bien leyendo al sol... Y luego tenía que arreglarse y el dichoso pelo siempre se rebela cuando tiene prisa. El vestido bonito, polvos blancos y un toque de carmín. ¡Por fin es sábado!

La verdad es que menuda semana lleva. Todavía no le ha dado tiempo de recuperarse de las fiestas del Carmen y ya están aquí las de Bouzas. Todo el mundo dice que son las mejores y eso le pareció el año pasado, aunque todavía estaba aterrizando y no era como ahora, que ya se ha hecho con su plaza, con las niñas y con el lugar. Aunque, qué pena que coincidan con las fiestas de Santa Marina, porque la maestra de Candeán las pone por las nubes. Pero le quedaba demasiado lejos y no podía perderse lo de hoy. Pilar ha quedado con sus amigas, casi todas maestras como ella. La Sociedad Cultural Deportiva de Bouzas ha montado una verbena en la terraza del Maravi-

llas y va a tocar toda la noche la orquesta del maestro Capellanes, que se sabe todas las modernas. Y al parecer lo han llenado por completo de luces y está precioso. ¡Qué ganas de bailar! Y Pilar cierra los ojos y tararea dando una vuelta saltarina, antes de enfilarse cuesta abajo rumbo a la Alameda. Ya casi está. ¡Cómo le gusta esta ciudad!

—¿Dónde vas, niña? ¿No sabes que hoy no es día de andar por la calle? —Pilar pega un respingo al tropezar con la pareja de guardias que la miran con el ceño fruncido.

—Voy al baile, al de la fiesta. Me están esperando mis amigas.

Los guardias se miran como diciendo, ¿dónde tiene la cabeza esta cría? En fin, paciencia. Tampoco se puede esperar que las mujeres se enteren de las cuestiones importantes.

Y algo así es lo que le dicen. Con tono de padre regañón, la invitan a darse la vuelta y a salir corriendo. Marcha para casa, niña. Que hay noticias de los militares en Marruecos y las cosas se van a poner serias y no es momento de que las muchachas estén fuera de su casa. Y por supuesto, no es tiempo de bailes.

Confundida y con un punto de fastidio, Pilar se va por donde ha venido y recorre los mismos caminos, aunque más despacio, porque ya no tiene prisa. Por eso y porque antes era de día, que ya se sabe que en julio el sol se toma las noches con calma. Pero le van a dar las once y hoy hay luna nueva. No va a ver un pimiento. Aunque lo que le preocupa es lo que han dicho los guardias. ¿Qué estará pasando para que suspendan la verbena? ¿Será una tontería y podrá volver mañana? ¡Ojalá! Pero ¿qué pasará con los militares? Tiene que ser gordo lo que ha sucedido para que sea importante lo que hagan y todos tengan que estar pendientes. Pilar se abrocha la chaqueta con un escalofrío y reza un padrenuestro atropellado y muy bajito, pidiendo muy fuerte que no se estropee ese verano que estaba siendo tan bonito.

El que sí sabe lo que pasa o se lo teme es Arturo. Pilar no lo sabe y él tampoco, pero va a ser su marido. Aunque eso será cuando se conozcan y aún quedan unos cuantos años y una guerra, que es casi como decir una vida. Arturo va en un autobús, muerto de miedo, camino a casa. Él también es maestro y empezó su sábado con una excursión por el monte en el pueblo de Lugo donde está destinado. Pero cuando viene de vuelta por la tarde, con la chaqueta al hombro, risueño y descamisado, mientras se para un momento para limpiar con el pañuelo los cristales empañados de sus gafillas redondas, aparece a la carrera uno de los vecinos que con su mensaje atropellado le pone el corazón en un puño.

–Tes que marchar! Xa! Corre!

Entonces se entera de que los militares se han sublevado en Marruecos. Que las noticias son confusas, porque el Gobierno dice que todo va bien. Pero no paran de salir a contar cosas en la radio y eso no da buena espina. Cuando hay que tranquilizar tanto a la gente, algo pasa. Y vaya si pasa. Que dicen que en Sevilla ya han entrado los militares y han disparado a todo dar. Y que el general al mando, Queipo, el que era republicano, no para de decir por la radio que tienen el país controlado. Y el país no sé, pero aquí ya se mueven los guardias y hay movimiento en los cuarteles. Y los de derechas están limpiando las escopetas y en la taberna ya han dicho que van a ir a buscar a don Arturo, que a ver si el maestro es tan listo y tan valiente ahora...

Arturo, que además de listo y valiente es tranquilo y miedoso, se queda paralizado, con una punzada en el estómago. ¿Y ahora qué? ¿Se va a romper todo? ¿Qué va a pasar en el pueblo? ¿Qué va a pasar con él?

–Marcha para a túa casa, oh! Que alí hanche axudar...

Y sin pasar ni por la pensión a por sus cosas, por consejo de quien le ha salvado la vida, sale corriendo rumbo a Cañiza, donde no es don Arturo, sino Arturito, el de do-

ña Plácida, una buena mujer conocida en el pueblo. La de la tienda, la de la primera centralita del lugar. La que se quedó viuda muy joven con once pequeños a los que ha sacado adelante porque es un brazo de mar. Y pronto será la que ya ha dado dos hijos a la causa, que se fueron voluntarios con Falange nada más empezar la guerra. Movilizados sus hermanos, Arturo fue el elegido para quedarse como sustento de su madre viuda. Logró pasar desapercibido y evitar la guerra. Salvar la vida y seguir con la punzada en el estómago durante mucho tiempo.

El que no pudo evitar la guerra fue Roberto, quien muchos años después, casi una dictadura completa, sería su consuegro. Un joven alto y guapo, de hoyuelo en la barbilla, experto en arreglarlo todo, que si hubiera nacido en otro lugar, en otro momento, habría sido médico o ingeniero. En el sitio y el tiempo que le tocó, fue practicante. Eso le permitió que su paso por la guerra fuera llevando el maletín del doctor Troncoso y menos mal, porque Roberto, que nació el 5 de junio de 1918, era muy joven cuando los sublevados lo llamaron a filas. En el ejército aprendió a planchar los pantalones con el colchón, a fumar para aguantar el hedor en las autopsias, a hacer incisiones en la piel sin miedo, a sacar balas y a querer a Castellón, donde cuidaron bien de aquel chicarrón gallego en tiempos difíciles.

La guardiana de sus historias, de todas las historias, sería Maruja. María de los Ángeles, que se llamaba así porque era el único ángel que se había quedado con sus padres. Maruxiña, que de aquellos días de julio apenas recuerda que hacía mucho calor. Y que tenía mucho miedo. Y que su padre le había pedido una cosa. Ella la cumplió como una niña mayor, aunque sólo tenía seis años.

–Nena, ti non digas nada.

Y no dijo nada. Aunque le dio mucho miedo. Apretó muy fuerte la mano de su padre, que era la persona que más quería en el mundo (a su madre también, pero la re-

gañaba un poco más) y no contó nunca a nadie que al volver del campo a casa habían estado con uno de esos hombres a los que buscaban los señores que llevaban escopetas. Bueno, nunca, nunca, no. Pero sólo lo contó cuando llegó el momento de contar historias.

Historias como las que contó Lola muchas décadas después. Aunque sus historias no fueron gallegas, sino de los campos de un pueblo de Albacete. Y allí los señores que se escondían eran los que en Galicia llevaban las escopetas. Tenía diez años. Y de aquellos días también recuerda a unos hombres que le daban miedo. Estaba en el campo, con su padre y la tía Charo. Su madre y la muchacha que la ayudaba en casa se habían quedado en el pueblo, haciendo tareas, y casi no pueden reunirse con ellos. Tiraron unas bombas en la estación y murieron dos personas. Y dejaron de salir autobuses. Ellas cogieron el último. Después de aquello, ya no pasó más la Requenense. Lola sentía terror de los hombres que venían en los camiones y entraban en la casa, abrían los cofres, tiraban el grano, cortaban el jamón de cualquier manera. Decían «¡Salud, camarada!», hablaban muy alto y llevaban escopetas. A Lola le daba miedo que se les escapara un tiro.

La que no tiene miedo es Pilar. No Pilar, la maestra, sino una chica de quince años que vive en Barcelona y le encanta escribir en su diario. Aquel sábado de julio apuntó los pasos de su último día de adolescente despreocupada. Una mañana atareada, con un poco de gimnasia y los trajines del «sábado de la casa», esa limpieza a fondo que toca un día a la semana. Como recompensa, una tarde completa de cine en el Cataluña con su madre, que la acompañó porque no podía ir su amiga Anita. *Morena Clara*, de Imperio Argentina, y *El agua en el suelo*, de Maruchi Fresno, y dos películas cortas, que le gustaron mucho. Al salir, volvieron a casa para cenar, aunque por poco tiempo. Un sábado de julio siempre hay alguna fiesta, así que se fueron a la calle Sardenya a bailar sardanas. Pero

sólo pudieron bailar una, porque después las suspendieron por la huelga general que, según les dijeron, habían declarado en toda España. Al día siguiente empezarían las bombas, los tiros, las muertes. Las fiestas y los bailes despreocupados se habían terminado^[1].

El objetivo de las siguientes páginas es contar qué pasó aquel 18 de julio y cómo los acontecimientos de aquellos días se convirtieron en una guerra que cortó de cuajo el camino que llevaba el país y cambió su rumbo hacia la destrucción y la barbarie. La vida cotidiana de millones de personas fue arrasada en una apuesta por la política de tierra quemada. Han pasado casi ochenta y cinco años desde entonces. La historia, las historias, están llenas de gestos reconocibles que nos las hacen cercanas, pero también de actitudes que pueden resultar increíbles desde nuestros ojos del presente. Un presente en el que conocemos el desenlace de la historia, pero ignoramos todo aquello que hace de aquel instante otro tiempo y otro lugar, lo que convierte el pasado en un país extraño. Por eso, antes de mirar atrás está bien recordar estas palabras de José María Varela Rendueles, que aquel sábado de julio era gobernador civil de Sevilla. Porque ahora nosotros sabemos cómo termina la historia, pero en 1936 ellos no.

Lo normal es leer en los hechos de antes con ojos de ahora. Resulta difícil, cuando no imposible, leerlos poniendo en los ojos de hoy, la mirada, el ver de entonces. Pero es más difícil todavía analizar y juzgar, con mentalidad actual, conductas y resoluciones que, lógicas y naturales entonces, resultan imposibles hoy. Los mismos que vivimos o protagonizamos aquellos hechos nos sentimos, al referirlos o contemplarlos ahora, influenciados por lo que posteriormente ocurrió, por sus consecuencias, por cuanto tras aquello hubo de acontecer. Ya no se trata sólo de la diferencia ambiental, de circunstancias, sino del distinto modo de interpretar conceptos. Lo que hoy puede parecer ingenuidad, indecisión, exceso de confianza era entonces el ser como se debía ser, el juzgar ecuaníme, libre de apasionamientos, el confiar en la verdad ajena y en la ajena lealtad. Si se nos decía: –Yo acato la República. –Yo estoy dispuesto a servir a la República. –Tie-

ne usted mi palabra de que seré leal a la República. Esa tenía que ser la verdad y no cabía dudar de ella. Porque a nadie se le obligaba a servir a la República ni a formar en las filas republicanas, ni se impedía a nadie el combatirla desde el Parlamento, desde el periódico o desde la tribuna pública; pero tampoco a nadie se le daba trato de excepción por ser republicano o por servir con fidelidad al régimen traído y mantenido por la clara, terminante mayoría de los españoles.

Aun sabiendo como se sabía que se conspiraba en los cuarteles, se mantenía la confianza en el Ejército.

Una cosa es un general determinado, o tres o media docena de generales, y otra el Ejército.

Generales descontentos los hubo siempre, con la Monarquía liberal, con la Dictadura, con la República; pero el que los hubiera no justificaba la desconfianza hacia todos los generales, jefes y oficiales.

Había que conceder a todos la condición de no rebeldes, si no de leales, merecedores de ser depositarios de las armas de la República con discreción para precisar quiénes eran efectivamente conspiradores o se mostraban dispuestos a la rebeldía. ¿Con qué derecho poner en duda la fidelidad a la palabra empeñada por unos hombres que hacen culto del honor y sagrado el empeño de cumplirla?

¿No sería ofensiva insensatez, culpable provocación, todo asomo de desconfianza?

El tiempo y las circunstancias vendrían a demostrarnos el poco valor de ciertas palabras cuando del darla, para luego no cumplirla, se hace ardid de guerra.

Todavía, a pesar de los enconos políticos y de la pasión que enfrentaba a los bandos ideológicos en los pueblos de España, era frecuente el que llegaran hasta los Gobiernos Civiles hombres de izquierdas, incluso de las más extremas agrupaciones, garantizando conductas de hombres de derechas y gestionando la libertad de quienes, políticamente, resultaban enemigos.

Aún por entonces, se creía no sólo en la palabra empeñada, sino en la verdad y en la sinceridad de las simples afirmaciones, en la pureza de la amistad. Y a la misma mesa, sentados a la misma tertulia, podían verse hombres de opuestas tendencias ideológicas; adversarios en política; pero amigos en su vida social y afectiva. Luego resultó que todos llevábamos pólvora en el alma y la pistola o el fusil montados, dispuestos a disparar.

Pero todavía en aquella tarde de julio de 1936, el coronel Mateos y yo nos creíamos hombres de paz, en una España deseosa de ella, leales a nuestras promesas, creyentes en la existencia del mismo espíritu pacífico en los otros y atribuyendo idéntica lealtad a los demás

hacia el régimen a cuyo servicio, por nuestra libre voluntad nos hallábamos^[2].

1

De la fiesta popular a la República atenazada

La «magnífica revolución ordenada»

El 14 de abril de 1931, las calles de la mayor parte de las ciudades españolas se vieron invadidas por manifestaciones populares que se dirigían a su ayuntamiento entre cantos y consignas jubilosas para proclamar la República. «¡Aquellas horas, Dios mío, tejidas todas ellas con el más puro lino de la esperanza, cuando unos viejos republicanos izamos la bandera tricolor en el Ayuntamiento de Segovia!...»^[3], recordaba con nostalgia en 1937 Antonio Machado en voz de Juan de Mairena. La imagen se repitió por todo el país y convirtió en realidad por acción lo que los manifestantes interpretaron como la voluntad expresada en las urnas. Dos días antes, se habían celebrado las elecciones municipales con las que el gobierno del almirante Aznar pretendía devolver la monarquía de Alfonso XIII a la senda constitucional, perdida tras el golpe de Miguel Primo de Rivera y seis años de dictadura respaldada por el rey. Tras estos comicios, estaban previstas unas elecciones provinciales el 3 de mayo y unas generales en el mes de junio, cuyo objetivo sería redactar una nueva Constitución que sustituyese a la de 1876. Pero la oposición republicana abordó las municipales del 12 de abril

como un plebiscito popular sobre la continuidad de la monarquía.

El apoyo regio al golpe y a la dictadura hizo tambalear la legitimidad de la Corona, insuflando un impulso inusitado al republicanismo. En sus filas aterrizó un buen plantel de políticos que hasta la ruptura de Primo de Rivera habían sido monárquicos convencidos. Defensores del orden establecido, cuando Alfonso XIII se salió de la Constitución y alteró el escenario político, descubrieron que eran monárquicos a fuer de no haberse planteado otra forma de gobierno diferente, hasta que la Corona dejó de ser constitucional. Algunos hicieron el tránsito muy pronto, como Niceto Alcalá-Zamora o Miguel Maura, hijo del que había sido líder del Partido Conservador, Antonio Maura, y pasaron al republicanismo moderado de orientación conservadora durante la dictadura. Otros, los llamados «viudos de la monarquía», culminarían su paso después del abril del 31.

Republicanos convencidos, posibilistas y ciudadanos no politizados que asumieron el encadenamiento de los acontecimientos conformaron un grupo de apoyo heterogéneo pero suficiente para que un empate técnico entre candidaturas monárquicas y republicanas, con victoria de las segundas en casi todas las capitales de provincia, inclinase la balanza hacia el cambio de régimen. Los monárquicos, que en líneas generales se habían impuesto en el ámbito rural, sufrieron derrotas tan significativas como las de los feudos caciquiles de Guadalajara y Murcia, controlados por Álvaro Figueroa, el conde de Romanones, y Juan de la Cierva, respectivamente. «El resultado de las elecciones no puede ser más lamentable para los monárquicos. Esta es la realidad, y es preciso decirla, porque ocultarla sería contraproducente e inútil», reconoció el propio Romanones ante la prensa^[4].

El lunes 13 fue una jornada de incertidumbre y espera, pues ni el rey y su Gobierno ni los miembros del Comité

Revolucionario tenían claro cuál sería el siguiente paso de sus contrarios. En la esfera real aún se contemplaba la opción de un Gobierno monárquico de espectro más amplio, que incluyese a los políticos dinásticos que se habían apartado del rey tras el golpe, apostando por la soberanía de las Cortes. La finalidad de ese gabinete sería convocar unas elecciones a Cortes Constituyentes. Pero si el Comité Revolucionario había considerado hasta entonces esa opción entre sus pretensiones, al conocer la intención de Palacio cambió de opinión. Alcalá-Zamora y Maura lo entendieron como una muestra de la debilidad monárquica y convencieron a sus compañeros para dar un paso adelante. La noche del lunes publicaron una nota de prensa reclamando el poder, rechazando el empleo de la violencia y dejando claro que el resultado del plebiscito del domingo sólo dejaba dos opciones: o república, si Alfonso XIII aceptaba la voluntad popular, o dictadura militar, si la negaba.

Puesto que desde 1925 los periodistas gozaban de descanso dominical y, por tanto, no había prensa los lunes, hubo que esperar a las ediciones vespertinas para que circularan las primeras noticias. A medida que los vendedores de periódicos voceaban los titulares de la victoria republicana, el entusiasmo crecía en las ciudades. La primera bandera tricolor se colgó en el ayuntamiento de Vigo en la madrugada del 14 de abril. El gobernador civil ordenó su retirada y la Guardia Civil logró dispersar sólo a medias la manifestación que la había llevado hasta allí. Pero la escena se iría repitiendo con el repiqueteo de las horas: Éibar, Jaca, Valencia... La República se proclamó como un goteo continuo por toda España. Ciudadanos agolpados en las calles, abarrotando las aceras, subidos a las farolas, encaramados a verjas y balcones, jaleaban a los concejales electos que izaban la bandera republicana en los distintos consistorios. Si Machado la enarboló en Segovia, Miguel de Unamuno hizo lo propio en Salamanca.